

## Reseña/Review (Fisher, Mark, “Realismo Capitalista. ¿No hay alternativa?”, Buenos Aires, Caja Negra, ISBN: 978-987-1622-45-0, 152 págs., 2018).



*Realismo capitalista*, además del primer libro del crítico musical y teórico de la cultura Mark Fisher, es un diagnóstico epocal. Publicado a finales de 2009, no fue hasta 2018 cuando se pudo abrir, por fin, al público hispanohablante esta caja negra de experiencias post crisis financiera, cuyo análisis va mucho más allá de su dimensión económica.

Mark Fisher actualiza los análisis de la posmodernidad y el posmodernismo de Fredric Jameson sin caer en el cinismo, ni ahogar la reflexión crítica, al tiempo que realiza un ajuste de cuentas con “una revolución social y psíquica de magnitud casi inconcebible” (Fisher, 2017) que planeó sobre el horizonte de los años 60 y 70, y que, finalmente, nunca llegó a producirse<sup>1</sup>. A este respecto, Fisher nos recuerda, en la línea de Albert O. Hirschmann, que lo que hoy consideramos ‘realista’ alguna vez fue ‘imposible’, y que, inversamente, lo que parece realizable hoy es considerado apenas una posibilidad irreal (Fischer, 2018, p. 42).

Mark Fisher (1968-2017) es una de las referencias clave del universo cultural británico. En 1995 se unió a la *Cybernetic Culture Research Unit* (CCRU), creada ese mismo año en torno al departamento de Filosofía de la Universidad de Warwick, donde se daban cita un colectivo ecléctico de filósofos, teóricos de los medios digitales y de la cultura, novelistas, artistas y músicos, que colaboraron, desde entonces, en una serie de pro-

yectos culturales y editoriales de carácter colectivo, como la editorial Zero Books, de la que Fisher fue director. Su estilo de escritura, urgente y casi compulsiva, encaja bien con algunas publicaciones en las cuales colaboró, como *The Wire*, *Fact*, *The Guardian* o *Sight & Sound*. Fisher, como la mayoría de los integrantes de la CCRU, a pesar de ostentar el cargo de profesor universitario reivindicó espacios de reflexión y producción cultural ‘autónomos’ para desarrollar su propia línea de investigación y producción cultural, en un estilo anti-académico. Desde su icónico blog *k-punk* Fisher estuvo activo desde 2003 hasta su muerte. Sus *post* eran expresión de los temas que le atormentaban y que terminaron dando el salto del espacio virtual al editorial. En 2009 publicaría su primera obra: *Realismo Capitalista*, y en 2014, vería la luz *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, Hauntología y futuros perdidos*. En ambos casos Fisher se sirve de su propia terminología conceptual para elaborar diagnósticos culturales en los que actualiza y amplía los análisis de otros críticos culturales, como Fredric Jameson o Ellen Willis, a partir de términos acuñados en otros contextos a los que Fisher concede un nuevo campo significativo.

### 1. Realismo capitalista vs posmodernismo

La expresión ‘realismo capitalista’ fue acuñada en los años 80 por un grupo de artistas pop alemanes como referencia paródica al realismo socialista, sin embargo, en la resignificación operada por Fisher, el término toma un alcance mucho mayor y es definido como un estado de agotamiento y esterilidad política (Fisher, 2018, p. 29). A diferencia del posmodernismo definido por Jameson, el realismo capitalista no se opone ya a lo moderno, sino que asume el modernismo como un hecho desprovisto de su carácter de ideal ético: “Ninguna posición ideológica puede ser realmente exitosa si no se la naturaliza, y no puede naturalizársela, si se la considera un valor más que un hecho” (Fisher, 2018, p. 42). El realismo capitalista es posideológico; no representa ya una creencia subjetivamente compartida, sino la fantasía inconsciente que estructura nuestra realidad social y condiciona nuestras acciones como una barrera invisible que impide el pensamiento y la acción genuinos. Que el capitalismo se ha vuelto ‘realista’ significa que es aceptado como el único juego al que podemos jugar (Fisher, 2018, p. 41). Esto es así para las generaciones nacidas en los años 80 y 90, para quienes el capitalismo aparece como la única

<sup>1</sup> “Una revolución social y psíquica de magnitud casi inconcebible”: los interrumpidos sueños aceleracionistas de la cultura popular, fue publicado originalmente en inglés por *e-flux*, en junio de 2013. Posteriormente fue compilado junto a otra serie de textos en torno a la temática aceleracionista que dieron lugar al libro colaborativo *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el post-capitalismo* (Avanessian y Reis, 2017). En su contribución, Mark Fisher define el aceleracionismo “no como una forma herética del marxismo, sino como un intento de converger con, intensificar y politizar las dimensiones más desafiantes y experimentales de la cultura popular” (Fisher, 2017, p. 158). Los compiladores de este volumen contaron con la colaboración de antiguos miembros del CCRU y con teóricos del trabajo inmaterial italianos como Toni Negri o Franco “Biño” Berardi, afines a la veta revolucionaria del aceleracionismo. Un buen resumen de este volumen, en concreto y, en general, de la corriente aceleracionista en toda su amplitud (incluyendo al aceleracionismo de derechas de Nick Land, y el aceleracionismo de izquierdas de Alex Williams y Nick Snircek, además de sus relaciones de filiación con la obra de Marx, Deleuze y Guattari) está contenido en el artículo que escribimos conjuntamente, mi amiga e investigadora pre-doctoral Lorena Acosta Iglesias y yo misma (Acosta y Arroyo, 2019, pp. 191-205).

realidad posible, y el tiempo siempre vino cortado en microrrodajas digitales predigeridas, una cultura rápida, ahistórica, antimnemónica (Fisher, 2018, p. 54). En este sentido el alcance generacional del concepto de realismo capitalista de Fisher actualiza la ontología foucaultiana de nosotros mismos.

## 2. El deseo en las sociedades posfordistas

El capital habría sido capaz de prefigurar todos nuestros deseos, aspiraciones y esperanzas, antes incluso de que surjan, siendo imposible cualquier otra clave de lectura de la realidad. Lo Real queda fuera del ‘realismo capitalista’, y solo vuelve ya bajo la forma del simulacro, tal y como ocurre con las catástrofes, cuyas implicaciones reales son demasiado traumáticas para que el sistema pueda asimilarlas. Podríamos decir que *todos* somos responsables del cambio climático, lo que indicaría una responsabilidad estructural, que no puede ser repartida entre las distintas individualidades éticas, sino que se corresponde con la estructura impersonal del capital, que, en virtud de su carácter descentrado, desplaza indefinidamente su responsabilidad. La ‘postergación indefinida’, como ya señalara Kafka en *El Castillo*, es la base sobre la que funcionan las estructuras corporativas. Sin embargo, el vacío absoluto de responsabilidad es tan impensable como el carácter descentrado del capitalismo global, por eso seguimos reactivando el fantasma de la responsabilidad individual de *todos*, que termina por diluirse en la responsabilidad de *nadie*. El centro falta, pero nunca podemos dejar de buscarlo. No es que no haya nada en el centro; es que lo que hay allí es algo incapaz de ejercer responsabilidad (Fisher, 2018, p. 103). El capitalismo, como estructura impersonal hiperabstracta, desplaza infinitamente la formación de cualquier subjetividad política de carácter colectivo que no venga bajo la forma S.A. o S.L. El anticapitalismo ha dejado de ser revolucionario porque podría ser compartido, en teoría, por casi la totalidad de la población del primer mundo. No obstante seguimos actuando como individuos capitalistas porque nuestros deseos, de hecho, están atravesados por el capitalismo. Por eso, Fisher plantea que la búsqueda de posibilidades reales para la acción política implica ante todo aceptar “nuestra inserción *en el nivel del deseo* en la picadora de carne del capital” (Fisher, 2018, p. 38).

## 3. Un estado de precariedad ontológica

La izquierda nunca logró dar respuesta a los deseos propios de los trabajadores que ansiaban emanciparse de la rutina fordista. El capital sí que logró metabolizar los deseos de movilidad de los nuevos trabajadores posfordistas, siempre conforme a su propio beneficio y a su propia lógica. A los deseos de movilidad el capital respondió con trabajo temporal, a los deseos de flexibilidad con precariedad, al malestar producido por las jerarquías visibles con burocracia descentralizada. A su vez, esta transformación de las condiciones laborales

supuso cambios afectivos para los nuevos trabajadores. La incertidumbre, la inestabilidad y la precariedad laboral hicieron imposible la planificación. La anulación del largo plazo se extiende tanto hacia atrás, como hacia delante en el tiempo (Fisher, 2018, pp. 94-95), por eso, en estas condiciones de precariedad ontológica, el olvido se convierte en una estrategia de adaptación (Fischer, 2018, p. 92). Como nos recuerda la evocadora metáfora de Marazzi los trabajadores posfordistas son como el pueblo judío una vez dejó la “casa de la esclavitud” en el Viejo Testamento: liberados de una sujeción a la que ya no quieren volver, abandonados en el desierto, confundidos respecto del camino por seguir (Fisher, 2018, p. 66). Y sin embargo, esta sujeción no toma la forma de la subordinación a un espectáculo extrínseco, sino que invita a interactuar y participar. Nos hemos emancipado de toda forma de control extrínseco; nos encontramos integrados en un circuito de control cuyo único mandato son nuestros deseos y preferencias que vuelven, no como propios, sino como las preferencias y los deseos del gran Otro (Fisher, 2018, p. 83).

## 4. Crítica cultural de las sociedades de control

En *Realismo Capitalista* Fisher hace gala de su faceta de profesor del Departamento de Culturas Visuales en Goldsmiths College de la Universidad de Londres cuando expone el significado y el alcance de conceptos como la ‘interpasividad’ –la forma de subordinación característica del realismo capitalista que lejos de funcionar mediante la represión, funciona mediante nuestra participación e intervención–, a partir de establecer conexiones, por ejemplo, entre películas como *Wall-E* de Disney-Pixar (2008) y el pensamiento de Jean Baudrillard; todo para actualizar el concepto de ‘sociedades de control’ teorizado por Guilles Deleuze y Félix Guattari, acuñado a su vez, por William Burroughs. Las sociedades de control operan sobre la base de la “postergación indefinida”, anulando el proceso de asunción de responsabilidad y habilitando un sentimiento de deuda infinita. Los procesos en los que estamos inmersos duran toda la vida; la educación, la formación profesional y la vigilancia son continuas. Si el realismo capitalista es poseideológico lo es porque la interiorización de los dispositivos de vigilancia se ha consumado: “El control solo funciona si uno es cómplice con él” (Fisher, 2018, p. 51). Estamos absolutamente familiarizados con las tecnologías de control. Nos acompañan en la forma de plataformas y aplicaciones instaladas en nuestros dispositivos móviles a los que vivimos como apéndices de nuestros cuerpos físicos. El imperativo ya no es la socialización sino la conectividad. El funcionamiento del mundo que vivimos está más cerca de ser explicado por medio de los dispositivos de control que por dispositivos disciplinarios, lo que no quiere decir que estos últimos hayan dejado de operar. En línea con los análisis realizados por Richard Sennett en *La corrosión del carácter*, Fisher analiza la *impotencia reflexiva* y la *poslexia* como algunos de los efectos personales producidos por las condiciones de vida del sistema capitalista actual. Basándose

en la capacidad que tienen las nuevas generaciones para procesar datos cargados de imágenes sin necesidad de mediación por parte de la voz o la escritura, Fisher observa en estos cambios la capacidad performativa para el desarrollo de una nueva subjetividad posliteraria, lo cual no quiere decir que el libro, como objeto, haya quedado obsoleto, lo que está obsoleto es todo contenido que no venga mediado por las formas digitales: “La realidad es cada vez más la mátrix comunicacional de sensaciones y estímulos que forman los mensajes instantáneos, YouTube y la comida rápida” (Fisher, 2018, p. 52).

### 5. Por una politización de las enfermedades mentales

Si la esquizofrenia es la enfermedad que señala los límites exteriores del capitalismo, como quieren Deleuze y Guattari, el trastorno bipolar puede ser la patología mental propia del “interior” del capitalismo (Fisher, 2018, p. 66).

La cultura capitalista es bipolar, caracterizada por un neoliberalismo cuya principal característica es la desregulación amoral que persigue la mercantilización ilimitada, y va siempre acompañada de un neoconservadurismo moralizante. En este contexto, la ansiedad y el estrés crecen de forma exponencial, especialmente entre la población más joven. El autor se sirve de su experiencia docente en centros de formación profesional para diagnosticar la *hedonía depresiva* como la forma principal en la que se manifiesta la enfermedad mental en la actualidad. A diferencia de la depresión que afectaba a las sociedades de tipo punitivo caracteriza por la incapacidad para sentir placer, la hedonía depresiva supone la incapacidad para hacer cualquier cosa distinta de la búsqueda de placer. Lo que tenemos enfrente, según Fisher, es un modelo hedónico y reduccionista de salud que se

basa en “verse bien y sentirse bien” (2018, p. 112). Frente a la *privatización de la enfermedad* por parte de la industria farmacéutica, Fisher reclama una politización de las enfermedades mentales, cuyo diagnóstico estaría estructuralmente ligado a las condiciones posfordistas.

### 6. Un diagnóstico crítico y propositivo

Parte del potencial teórico de Mark Fisher no consiste solo en hacer diagnósticos cuya validez persiste incluso en tiempos de pandemia, sino, también y principalmente en su capacidad para hacerse buenas preguntas y proponer estrategias de respuesta a la altura de los tiempos. En este sentido Fisher tiene el privilegio de ser crítico no solo contra el neoliberalismo, sino también contra el anticapitalismo inmovilista de la izquierda tradicional. Las propuestas de Fisher, nacido en 1968, dan cuenta de la incapacidad de transformación de la izquierda para dar respuesta a las nuevas formas del deseo a las que la contracultura sí pudo dar voz, antes de ser cooptada por la derecha. Consecuentemente Fisher aboga por abandonar las demandas obsoletas a las que seguiría anclada la izquierda tradicional, para poner el foco en reclamos específicos del posfordismo. Una nueva izquierda podría empezar por construirse sobre los deseos que el neoliberalismo ha generado, pero que no ha logrado satisfacer (Fisher, 2018, p. 119), ya que como indicaba el propio en un trabajo previo:

No todo lo producido bajo el capitalismo pertenece al capitalismo. En el capitalismo hay deseos y procesos que el capitalismo hace surgir y de los que se alimenta, pero que no puede contener; y es la aceleración de *estos* procesos lo que empujará al capitalismo más allá de sus límites (Fisher, 2017, p. 159).

### 7. Referencias

- Acosta, L. y Arroyo, N. (2019). Pensar el aceleracionismo, ¿con o contra Marx? El fragmento sobre las máquinas a debate en el S.XXI. *Argumentos de Razón Técnica*, 22, 178-205. <http://doi.org/10.12795/Argumentos/2019.i22.08>.
- Fisher, M. (2018). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Fisher, M. (2017). “Una revolución social y psíquica de magnitud casi inconcebible”: los ininterrumpidos sueños aceleracionistas de la cultura popular. En A. Avanesian, A. y C. Mauro (Comps.), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo* (pp. 153-165). Buenos Aires: Caja Negra.

Nantu Arroyo  
 Universidad Autónoma de Madrid  
 E-mail: [nantu.arroyo@uam.es](mailto:nantu.arroyo@uam.es)  
<http://orcid.org/0000-0001-7093-2557>